

II

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AUSTRIA

DURANTE EL REINADO DE LA EMPERATRIZ DOÑA MARGARITA,
INFANTA DE ESPAÑA, ESPOSA DEL EMPERADOR LEOPOLDO I.

Con este título ha publicado el Sr. D. W. R. de Villa-Urrutia un interesante libro, sobre el que, por encargo de nuestro dignísimo Director, voy á informar á la Academia.

Está por escribir la historia de la decadencia de España en el siglo xvii. Mientras se mantuvieron vigorosos nuestro predominio y preponderancia, tuvimos notables historiadores, biógrafos excelentes y brillante concurso de cultivadores de nuestra historia en sus diversas manifestaciones. A medida que nuestra decadencia se inicia, disminuye en número y cualidad este importantísimo género literario; y cuando aquélla se pronuncia de modo alarmante y desastroso, puede decirse que casi desaparece en nuestro suelo aquella prodigiosa maestra de la vida, quedando tan sólo representada por tal cual relación, incompletos y ligeros esbozos, sátiras ó epigramas tan mordaces como alambicados. Como todas son miserias y desgracias, rehuyen los historiógrafos el referirlas y publicarlas. Densas nieblas cubren el cielo de la historia patria. Los sucesos más importantes y trascendentales pasan casi desapercibidos para la inmensa mayoría de los españoles, envueltos en el misterio de las más secretas negociaciones diplomáticas, ó referidos cautelosamente al oído de limitados políticos ó cortesanos, porque, como ordinariamente sucede en estos períodos débiles y angustiosos, el poder ministerial suele ser tiránico y enérgico en la represión del pensamiento y de su libre difusión. Apenas si en las correspondencias diplomáticas y familiares se encuentra alguno que otro chispazo de refulgente luz. Los documentos que pudieran darla para esclarecer la verdad, se guardan y ocultan con el más estudiado secreto; las plumas mejor cortadas se esterilizan; las prensas se

mantiene mudas en cuanto á esta materia se refiere. Es menester que pasen siglos; que las ideas políticas cambien; que el espíritu público moderno surja potente y vigoroso, ávido de conocer la verdad, ansioso de difundirla, tenaz en investigar las causas de infaustos sucesos pasados para estudiarlas y precaver y mejorar los presentes y futuros.

Ni conviene desdeñar con exceso los años que entre 1665 y 1740 transcurrieron, si con frecuencia infelices, como escribió nuestro antepasado ilustre Director, no del todo destituidos de honor, durante los cuales, al fin y al cabo, nuestros padres lucharon cuanto pudieron por conservar lo que hoy resta. «Principalmente (añade) extravía sus juicios el empeño de no atribuir la pérdida del sin igual imperio á ingénitas enfermedades nacionales, por el tiempo constantemente agravadas, ni á fortuitos ó irremediables accidentes, de que la esterilidad de Carlos II ofrece magno ejemplo, sino tan sólo á las faltas ó flaquezas reputadas excepcionales y exclusivas de los que durante espacio tan largo en España ejercieron el poder público. Razón es que, de aquí en adelante, con mayor severidad se averigüen las respectivas y verdaderas culpas de aquellos españoles poco afortunados, á no dudar, pero tan parientes nuestros como los de la época brillante de Carlos V, aunque no sea más que por merecer que nuestros hechos propios sean juzgados con indulgencia, ya que no acertamos á conseguir que hoy la patria ocupe más alta posición en el mundo que ocupó en la época anterior al Marqués de la Mina, y mucho menos igual á la que, cuando redactó éste sus *Memorias*, ocupaba» (1).

A mediados del pasado siglo comenzaron algunos historiadores extranjeros á estudiar crítica y documentalmente el gran vacío que sobre el período antedicho se advertía en nuestra historia; ejemplo que siguieron, aunque débilmente, nuestros compatriotas explorando nuestros Archivos públicos y particulares, y publicando los felices resultados de sus investigaciones. Es,

(1) Introducción del Sr. Cánovas del Castillo á las *Memorias militares del Marqués de la Mina*, D. Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola.

por tanto, plausible y digno de elogio que personas del talento y elevada posición del Sr. Villa-Urrutia, dediquen su luciente ociosidad á esclarecer aquellos puntos de historia que todavía permanecen, ó muy confusos y poco conocidos, ó totalmente ignorados. Aprovechando la luz que arrojan sobre las relaciones entre las Cortes de Madrid y Viena, desde 1662 á 1673, las 360 *Cartas privadas del Emperador Leopoldo I al Conde F. E. Pötting*, su Embajador en Madrid, publicadas no ha mucho en la Colección de fuentes de la historia austriaca, traza el ilustre diplomático, de quien nos ocupamos, un cuadro bastante completo de la Monarquía de España en aquel tiempo. No poco valor histórico quita, sin embargo, á estas *Cartas* el carácter un tanto ligero, aislado y desafecto del Embajador cesáreo, toda vez que «no supo conquistarse en la Corte de España la posición influyente á que pudo y debió aspirar. Ni obtuvo (dice el Sr. Villa-Urrutia), la confianza de la Reina, con ser esta la propia hermana del Emperador y muy austriaca de corazón; ni prestó ayuda á los pocos amigos con que los austriacos contaban en España, ni acertó á desarmar, de grado ó por fuerza, á los enemigos del Emperador. Fué, en suma, uno de tantos diplomáticos que bastan y aún sobran en circunstancias normales para mantener las buenas relaciones existentes entre dos países amigos: funcionarios celosísimos, y aún me atreveré á decir ejemplares en el cumplimiento de sus deberes, si estos sólo consisten, aparte de las funciones meramente representativas, en la fácil tarea de comunicar de palabra ó por escrito al Gobierno, cerca del cual están acreditados, los deseos de sus jefes y de transmitir á éstos la respuesta, juntamente con aquellas noticias, más ó menos importantes que puedan servir para labrar la reputación de un agente bien informado.» Por este motivo Pötting, poco afecto y grato á las clases directivas y poderosas, y apenas penetrado del espíritu del país en que vivía, emite juicios y opiniones sobre personas y cosas, exagerados unas veces y pálidos é indefinidos otras, que con atinada crítica suaviza ó modifica el Sr. Villa-Urrutia, valiéndose de otros textos y fuentes más autorizados.

Puntualiza nuestro autor el estado de la Corte y de la Monarquía española á principio de 1663, cuando llegó á Madrid el Conde de Potting. Pinta á Felipe IV de ánimo apocado, agotadas sus fuerzas físicas, convertido prematuramente en achacoso anciano, serio y melancólico, no oyéndosele apenas pronunciar una palabra en todo el día, falto de carácter, de decisión, de energía, sin afición á los negocios. «Entre la gente que le rodeaba, cortesanos intrigantes y políticos más ambiciosos que capaces, no había un gobernante como Richelieu, ni un administrador como Colbert, ni un diplomático como Lionne. El propio Conde-Duque de Olivares, que con todos sus enormes desaciertos, á los que contribuyó en primer término la *nativa, inconsiderada, peligrosísima soberbia española* (1), que tantos odios le suscitó en España, fué por sus condiciones de entendimiento y de carácter muy superior á su sobrino y sucesor en la privanza, D. Luis de Haro.» A la muerte de éste encargóse el Rey nominalmente del Gobierno, que al decir de los representantes de Leopoldo I en Madrid, anduvo á cargo de tres personajes principales: el Duque de Medina de las Torres, el Conde de Castriello y el de Peñaranda, de cada uno de los cuales hace el autor breve reseña biográfica, ponderando la mayor capacidad y experiencia del último.

Otros personajes secundarios enumera después de éstos, como el Cardenal Duque de Montalto, el Marqués de Mortara, el de Mondéjar, el Duque de Alba, el Marqués de Caracena, el Almirante de Castilla, el Conde de Ayala, el Marqués de Aitona, el Duque de Alburquerque y el Marqués de Castel-Rodrigo. Más influyentes aún que éstos eran, en la dirección de los negocios, el Secretario de Estado y del despacho universal Luis de Oyanguren, al que sucedieron en tan alto cargo D. Blasco de Loyola y D. Pedro Fernández del Campo. En posición inferior, pero gozando, según parece, de gran influencia, vivía entonces en la Corte el Barón de Cratzenbach, alemán de nacimiento, que sirvió largo tiempo en Flandes, conocido por los españoles con

(1) Cánovas. Estudios del reinado de Felipe IV.

el nombre de Cristóbal de Angelati, secretario que fué de don Luis de Haro y del Duque de Medina de las Torres. Del influjo del famoso jesuíta P. Everardo Neidhart en la Corte, y, sobre todo, del que ejerció sobre la Reina, ocúpase con más extensión, reconociendo que este último no tuvo límites, y que fué de carácter mezquino y egoísta, de limitado entendimiento y escaso saber, altanero con sus amigos, y cobarde con sus enemigos, incapaz de identificarse con la nación cuyos destinos aspiraba á regir y cuyas condiciones ignoraba por completo (1). Sobre la Reina doña Mariana no andan, según el autor, conformes los pareceres de sus contemporáneos; pues mientras los embajadores venecianos ponderan la pureza de sus costumbres, la dulzura de su carácter y su modestia, acúsala los franceses de terca y ambiciosa; echándola siempre en cara los españoles ser más afectada á la Corte de Viena que á la de Madrid y dejarse guiar por las consideraciones de su antigua casa y familia, más que por las de su nueva patria.

«Los descontentos (dice el autor), cuyo número iba cada día en aumento, pusieron sus ojos y sus esperanzas en D. Juan de Austria, hombre de gran ambición, pero de escaso valer, que en sus campañas de Flandes y Portugal había demostrado más dotes de bizarro soldado que de avisado capitán... Desde su retiro de Consuegra fué D. Juan el alma de la conspiración tramada por los Grandes contra el P. Neidhardt... y mientras doña Mariana por su origen y sus aficiones era considerada como extranjera, D. Juan, con sus cualidades y defectos nacionales, encarnó todas las aspiraciones de los españoles para dejarlas después, cuando ejerció el poder, por completo defraudadas...» (2).

(1) No ha sido todavía estudiado detenidamente este importante personaje. Acaso cuando esto se haga, resulte algo menos severo el juicio que acerca de él emitieron, principalmente, sus mismos compatriotas los Embajadores cesáreos, Pötting, Barón de Lisola, y, sobre todo, el mismo Emperador Leopoldo.

(2) Un diplomático español de aquel tiempo escribe en sus *Memorias*, que el autor de este informe tiene á la vista, á propósito de este hijo natural de Felipe IV: «Por este tiempo sucedió el arribo á Madrid de D. Juan de Austria. Grandes fueron las esperanzas que se tuvieron concebidas de ver

Cada vez más decadente el partido del Emperador, algo le reanimó el Marqués de Castel-Rodrigo á su vuelta á la Corte, terminado su gobierno de los Países Bajos. Del partido contrario, ó sea francés, era el Marqués de la Fuente, tenido por hijo del Conde-Duque y de la mujer del alcalde de Corte D. Melchor. Era un diplomático de carrera y hubiera podido servir de mucho á Peñaranda y á los franceses en Madrid, si no se hubiera desacreditado y puesto en ridículo por haber contraído á los sesenta años segundas nupcias con la Marquesa de Espinardo doña Ana Portocarrero, viuda joven y hermosa, aficionada al lujo y á los placeres y más blanda de corazón que estrecha de conciencia, con menoscabo de su honra y fama.

«Tales eran, escribe el Sr. Villa-Urrutia, los políticos que gobernaban España y en cuyas manos fué acentuándose con carácter de irreparable la decadencia de la Monarquía: hombres á quienes preocuparon más las intrigas cortesanas y las intestinas discordias que los problemas de la política internacional en que se consumían nuestras fuerzas y nuestros recursos.

Del estudio de la Corte de España pasa el autor al de la de Viena. Representa al Emperador Leopoldo I, según su correspondencia particular, tratando de su piedad no exenta de supers-

puesto en sus manos el timón y gobierno de la Monarquía. Las más memorables resultas se redujeron á echar á Roma al Inquisidor general, Cardenal Nitardo; á deponer á D. Melchor de Rocaful, vicescanciller de Aragón; y á degradar de la grandeza y títulos á D. Fernando Valenzuela, á quien envió desterrado á Filipinas. No me introduzco á discurrir en si fué ó no desmesurada la ambición de este monstruo de fortuna. Solo diré que se vieron rasgos por lo que toca á lo público, en su conducta, que prometieron mucho. El primer cuidado lo puso en desear apuntalar la decadencia de la Monarquía, acudiendo al remedio de lo que ha conseguido su ruina, que ha sido la falta de armada naval. Compró y hizo fabricar, aunque pocos, algunos navíos. Los Ministros de afuera se hallaron bien asistidos. En cuanto á mí soy testigo que D. Pedro Ronquillo (embajador de España en Viena, en Londres y uno de los plenipotenciarios del Congreso de Nimega) recibió en Nimega en un solo socorro treinta mil escudos; y por prueba de que los demás debieron de hacer la misma experiencia, se ha de tener entendido que ni había amistad ni podía haber confianza particular, siendo notorio que este Ministro y sus hermanos eran conocidos por criados y dependientes de D. Juan de Austria.»

tición, de sus ocupaciones, de su irresolución, de su capacidad intelectual; le considera como marido ejemplar y como protector de las artes y las letras, si bien le hace en este concepto desmerecer mucho el no gustarle las pinturas de Velázquez, y, por último, como erudito, poeta y músico. Del paralelo que hace entre este soberano y Felipe IV, con el que tenía muchos puntos de semejanza, sale aquél muy aventajado.

De gran interés histórico es el capítulo que dedica á los matrimonios de Príncipes en el siglo xvii entre Austrias y Borbones para venir á parar al de la Infanta doña Margarita, que relata con verdadero lujo de detalles, muchos desconocidos. «Es indudable, dice, que Felipe IV de haber podido seguir las inclinaciones de su corazón, hubiera preferido dar su hija primogénita al Emperador; pero la imperiosa necesidad de ajustar la paz con Francia y la imposibilidad de llegar á ella por ningún otro medio, obligóle á consentir en el matrimonio de doña María Teresa con Luis XIV. Una vez concertado éste y con él las paces, buscó el Rey modo de desagraviar al Emperador; y bien porque se le ocurriera espontáneamente ó porque se lo sugiriera la Reina doña Mariana, pensó para ello en la Infanta doña Margarita, que apenas contaba ocho años, y cuya mano ofreció á Leopoldo por medio de La Fuente, con tales disculpas por lo ocurrido y tales protestas de amistad y cariño, que el Emperador se dió por satisfecho y aceptó por esposa á la tierna Infanta.» El 6 de Abril de 1663 se publicaron los esponsales: las capitulaciones, que negociaron y firmaron el 18 de Diciembre Pötting y Medina de las Torres, ofrecieron ya bastantes dificultades, para zanjar las cuales fué menester la venida de nuevo embajador, el Barón de Lisola, verificándose al fin los desposorios con toda pompa el 25 de Abril de 1666.

Además de la servidumbre que debía acompañar á doña Margarita á Viena, fué nombrado Mayordomo mayor y jefe de la jornada hasta la frontera del Tirol el Duque de Albuquerque (1)

(1) Con el título de *Dos viajes regios* (1679 y 1666), informe publicado por el que suscribe éste, en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, Abril de 1903, vieron la luz varias *Noticias del viaje de la Infanta doña*

que iba de Virrey á Nápoles, y Mayordomos los Marqueses de la Guardia y de Povar. Comenzó la jornada el 28 de Abril de 1666, llegando la numerosa comitiva á Viena el 5 de Diciembre.

Prosiguiendo el autor su relación trata en otro capítulo de *España en la Corte de Viena durante el reinado de la Emperatriz Margarita*: y como esta encantadora personalidad es de todos conocida y admirada por los maravillosos retratos que de ella hizo Velázquez, crece y se aumenta nuestra curiosidad é interés por conocer su vida como soberana. Sin llegar á ser una belleza y poseer un talento superior, pero siendo toda bondad, pureza y dulzura, logró conquistar desde luego el corazón de su marido, cada vez más enamorado de su *mujercita*, como la llama en sus cartas. Poco duró la felicidad de este augusto matrimonio. Condenada prematuramente á gestación perpetua, agotadas sus fuerzas, murió á los veintiún años de edad y á los seis de casada, habiendo tenido á los diez y seis años su primer hijo y llevando al morir el séptimo en su seno.

Sobre la servidumbre española de esta Soberana, sus rivalidades, disputas y cuestiones de precedencia entre la Camarera mayor y la Embajadora de España, que tantos disgustos ocasionaron á Leopoldo I, aduce el autor curiosísimos datos de singular estima, por reflejarse en ellos las pasiones y costumbres de aquel tiempo. Con la muerte de la Emperatriz acaba, según el Sr. Villa-Urrutia, el españolismo de la Corte de Viena. «De España, dice, sólo quedó en Viena la Embajada; pero con tal autoridad y tal prestigio, que no los alcanzó mayores en los años en que más pudo hacerse sentir la influencia de la Emperatriz. Y es de notar también que las relaciones políticas entre el Gobierno imperial y el español, no fueron, durante el reinado de doña Margarita, tan amistosas y tan estrechas como llegaron á

Margarita María, desposada con el Emperador Leopoldo I, desde Madrid hasta Roveredo (Tirol) en 1666, tomadas del Archivo de la Casa de Alburquerque, que confirman y completan las publicadas ahora por el Sr. Villa-Urrutia.—También sobre el célebre Lisola he publicado en el BOLETÍN algunas cartas inéditas é interesantes.

serlo después de la muerte de la Emperatriz, contribuyendo á ello en primer término, las condiciones personales de los representantes diplomáticos acreditados respectivamente en la Corte de Madrid y en la de Viena.

Enumera el autor en el último capítulo los personajes que sucesivamente desempeñaron durante este tiempo la Embajada de España en Viena, haciendo observar la decadencia de su proverbial influjo. El Marqués de la Fuente, el de Mancera, el Conde de Castellar, no lograron captarse las simpatías del Emperador, ó por sus reiteradas cuestiones de etiqueta ó por su despilfarro y deudas. Con insistencia pedía Leopoldo I á España le enviasen un Embajador grato y prudente, siendo al fin complacido con la persona de D. Pablo Spínola Doria, Marqués de los Balbases, que á la sazón desempeñaba el Gobierno de Milán. «Era nieto del vencedor de Breda y estaba casado con doña Ana Colonna, hija del gran Condestable de Nápoles, hallándose en posesión de una gran fortuna, que le permitió más de una vez sacar de apuros á su Rey y le valió el apodo de banquero de la Monarquía. Ni estos servicios ni los que prestó á España en diferentes misiones diplomáticas por su conocimiento de los idiomas extranjeros y su práctica en asuntos internacionales, le alcanzaron la influencia á que tenía derecho y que siempre estorbó su origen italiano». Bien pronto, añade el autor, logró Balbases captarse el afecto y confianza de Leopoldo, hasta el punto de que, un bien informado historiador contemporáneo, Pufendorf, dijera del Embajador de España que era *el dictador de la Corte Imperial*. Reseña, por último, la larga y enmarañada serie de negociaciones diplomáticas, basadas casi todas en el reparto de la Monarquía española, en las cuales intervino, como colaborador del Marqués de los Balbases, su amigo íntimo D. Pedro Ronquillo, que á la sazón, á mediados de 1673, se hallaba en Bruselas y gozaba fama de perito en cuestiones internacionales, y de muy diestro en el difícil arte de negociar. Era, dice, un buen hombre, cortesano á la usanza antigua, muy atento con todo el mundo, aunque en extremo presuntuoso y aficionado á echar bravatas y grandezas. Estos juicios de Pötting sobre Bal-

bases y Ronquillo, son como otros muchos suyos, exagerados y muy parciales. Muy otro es el que yo tengo formado de estos experimentados y diligentes Ministros, después de haber detenidamente examinado su correspondencia diplomática, encontrándoles siempre en extremo discretos, modestos y muy conocedores de los tiempos, de las personas y de los negocios, por efecto de su larga experiencia, continuos viajes y aprovechados estudios (I).

En cuanto á la influencia del Marqués de los Balbases, ya en Viena, ya en Nimega, en París, y, sobre todo, en Madrid, después de efectuado el primer matrimonio de Carlos II, fué tan profunda y poderosa, que nada se intentaba en materia de política extranjera sin consultarle previamente, siendo siempre su opinión la preponderante y preferida, como la más acertada y hábil. Todo el peso de las relaciones con los Embajadores residentes en esta Corte, era D. Pablo Spínola quien lo llevaba; sus proposiciones, sus reclamaciones, sus conferencias más secretas, todo cargaba sobre él; y aunque no figuraba como Ministro, él era el que dirigía los negocios exteriores, recibiendo de todos los Embajadores, Ministros y agentes españoles en el extranjero, sostenida y secreta correspondencia; y á él también acudían en

(I) Cuando publique la correspondencia íntima sostenida entre Balbases y Ronquillo, se verá claramente, por sus acciones y pensamientos, que eran de las pocas personas dignas y sensatas que en aquellos calamitosos tiempos mantenían la representación de España con el mayor decoro, acierto y nobleza, aun á costa de grandes sacrificios y penalidades. Véase como pequeña muestra el opúsculo que hace muchos años publiqué con el título de *Misión secreta del Embajador D. Pedro Ronquillo en Polonia (1674) según sus cartas originales al Marqués de los Balbases, Embajador en la Corte de Viena.*

Estando Ronquillo de Embajador de España en Londres durante la revolución de 1688, se señaló tanto por los servicios que prestó á los católicos, que varias veces vió su vida y la de sus dependientes de la Embajada seriamente amenazada; y habiendo tenido que escapar de la casa que habitaba, porque se le buscaba con odio y encarnizamiento, el partido revolucionario se la saqueó y quemó, desapareciendo así su rica y escogida librería, formada á costa de grandes desembolsos en sus frecuentes viajes, su colección de antigüedades y muchas preciosidades artísticas.

demanda de mercedes, ascensos y pagas, como aquel por cuyas manos pasaba todo.

Con la firma del tratado de alianza de Rokycan por Balbases y Ronquillo con el Canciller Hocher en 28 de Agosto de 1673; y con la salida de España del ligero y excéntrico Pötting, muy ventajosamente sustituido por el Conde de Harrach, termina su estudio el Sr. Villa-Urrutia. Por la reseña sumaria que de él hemos hecho, se advierte, desde luego, la importancia del asunto; la habilidad y maestría con que el autor, tan reputado diplomático como celoso Ministro de la Corona, lo ha desarrollado; el servicio que á nuestra historia ha prestado ilustrando uno de sus más oscuros períodos, y la segura esperanza que á todos hace concebir este libro, de que su autor, no durmiéndose sobre sus laureles, nos brindará pronto con otros tan valiosos y estimados como éste.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

III

LÁPIDAS HEBREAS Y ROMANAS

Mahón.

En otro Informe (1) dije lo que me constaba sobre la inscripción hebrea de esta ciudad, así por lo tocante al sitio de su primer hallazgo, como á sus diferentes poseedores y á la publicación de que fué objeto en Barcelona por parte de D. Esteban Paluzie y Cantolozella. Nuevos datos añadiré.

1. Apunte autógrafo de D. Joaquín María Bover, en la Biblioteca de la Academia, sala 12, estante 18, legajo 56.

El autor de este apunte ofrece á los ojos del lector una copia imperfecta del texto hebreo (2), que expone así:

«Esta inscripción, grabada en mármol, la posee original el Dr. D. Antonio Ramis y Ramis, vecino de Mahón. Según nos

(1) BOLETÍN, tomo XLVIII, págs. 163-167.

(2) Reemplaza varias letras del original por otras similares, y algunas omite.